

fundir con su pluma y su ejemplo hace años y que hoy se encuentra desgraciadamente olvidado. Lewis es también un convertido que pasó del ateísmo al cristianismo, pero que no llegó al catolicismo de Chesterton, sino al anglocatolicismo, aunque los temas básicos del uno y del otro, así como sus soluciones citales o intelectuales, tienen gran semejanza. Por ejemplo, es curiosa la similitud de afición a la literatura medieval entre el pensador católico y el que ha sido profesor de la materia en Oxford durante veintinueve años. Son testigos cualificados de aquella manera de escribir y de ver las cosas que estaba llena de fuerza espontánea y de profundo espíritu, y que hoy hemos perdido.

La obra tiene desigual importancia. Su autor dice que escribirla le costó un gran esfuerzo, y que al final no se decidió por ello a continuarla cuando años después se lo propusieron. Lo cierto es que los dos primeros tercios de sus páginas son mucho más interesantes que el tercio restante, que decae bastante porque se recrea sin necesidad en ciertos tópicos más bien retrógrados.

El truco de suponer que un diablo escribe a su sobrino dándole consejos sobre cómo tentar a los mortales está llevado muy ingeniosamente, y nada impide —como Lewis dice— el que se crea o no en la realidad personal del demonio para el mensajero que es lo importante.

El contenido tiene una fuerte dosis de espiritualidad que a algunos no agrada, pero que a un cristiano debería siempre hacerle meditar para poner en cuestión la fácil inclinación actual a no dar importancia en la vida humana al factor íntimo. Error manifiesto que lleva a muy graves consecuencias, porque deja desarmado al individuo y no le permite desarrollar esa fuerza interna sin la cual lo exterior es muchas veces puro automatismo o puro mimetismo social de grupo, o incluso mera corriente de moda aceptada ciegamente lo mismo en lo religioso que en cualquier otro campo.

El libro no está mal traducido, pero a veces su lenguaje se hace poco fluido y ciertas palabras clave se vuelven incomprensiblemente por otras que no significan lo mismo ni mucho menos, como, por ejemplo, traducir "verdadero" por "cierto", que quita fuerza a la misma concepción realista del autor que tiende a la superación del

subjetivismo un poco arbitrario que vivimos en Occidente. ■ E. MIRET MAGDALENA.

CINE

Lo mejor y lo peor de Dino Risi

En las últimas semanas, el nombre de Dino Risi se ha hecho habitual dentro de la cartelera madrileña: "La carrera de una doncella" ("Telefoni bianchi", 1975), "Alma perdida" ("Anima persa", 1976) y "La mujer del cura" ("La moglie del prete", 1970) han sido —por este orden de programación— las tres películas del cineasta italiano que prácticamente se han simultaneado en las salas de estreno. Ofreciendo un apresurado aunque sugerente resumen de lo mejor y lo peor de Risi, de su sentido de la comedia y su tentación hacia la bufonada, de su capacidad para conectar con la realidad y su servilismo para las grandes "estrellas", de su rica galería de personajes secundarios y su inclinación a la facilidad comercial. Hombre de una trayectoria tan prolífica como irregular, Risi ejemplifica de manera bastante fidedigna la figura de un director que —hoy aupado especialmente por la crítica francesa, lo que le ha valido un prestigio en su propio país del que no gozaba— ha tenido que bandearse bien que mal en el seno de una industria fuertemente competitiva.

El amplio margen de crédito que le abrió el éxito comercial y de opinión logrado por la excelente "Perfume de mujer", no parece haber sido aprovechado positivamente por Risi. Y así, "La carrera de una doncella" fracasa por exceso de complacencia y falta de inventiva en su intento de síntesis de una época histórica —el fascismo y la posguerra— a través de la ascensión y caída de una típica protagonista de films de "teléfonos blancos" (aunque este juicio ha de ser relativo, ya que la copia española contaba con unos quince minutos menos que la original); "Alma perdida" no responde suficientemente, debido a la artificiosidad de su carga literaria y a la grandilocuencia de su melodramatis



"La mujer del cura" ("La moglie del prete", 1970), de Dino Risi.

mo, al deso de Risi de "romper" con la comedia para hallar nuevos caminos; y "La stanza del vescovo" —su última película— irrió profundamente en la inauguración del Festival de Cannes de este año.

Por ello, es sin duda "La mujer del cura", pese a sus siete años de antigüedad, el más interesante y conseguido de los films de Risi que han coincidido en Madrid. Bajo la tragicómica historia de un sacerdote que quiere "colgar los hábitos" para casarse con la mujer de la que se ha enamorado, tras un largo forcejeo de ella por verse correspondida en este amor, Risi desarrolla una actitud crítica frente a la Iglesia-institución que se hace especialmente dura y acre en las secuencias finales. Hipocresía, "jesuitismo", ambición y carácter represivo de la Iglesia son las notas "privilegiadas" en esta crítica, amoldada —por otra parte— a los cauces habituales de la comedia italiana, entre ellos el de una sobresaliente interpretación de dos "estrellas" como Mastroianni y Sofia Loren. ■ FERNANDO LARA.

"Con el diablo viviría mejor"

Salvo las incesantes repeticiones de los films de Walt Disney, el largometraje de animación es "rara avis" dentro de nuestros circuitos comerciales. Como en tantos otros aspectos de la cultura cinematográfica, estamos al margen de una producción que ha avanzado, notablemente en los últimos años, que ha salido del "ghetto" infantil en que se hallaba para dirigirse a unos espectadores adultos, con el mismo derecho que cualquier obra de imagen real. La incorporación de nuevos tipos de gráficos, el recurso a unas técnicas de animación que no se limitan a la tradicional del dibujo en movimiento, y el empleo de una temática alejada de la fábula o del cuento, han sido factores esenciales en esta distinta dimensión de lo que un día se llamó "8.º Arte".

Así pues, por lo que tiene de excepcional en la cartelera española y por cuanto que nos sirve